

- JUAN. Despues... ná: que empaquetamos, y ya lo vé, gorvimos gurupas y esa ha sido la causa é que tenga er regusto de vé otra vé tu jechisera cara. ¿Pero cómo es que estás tan sola? ¿Y tu ama?
- JUANA. Mi ama tiene un hermano que es corista en el Teatro Real, y allí vá casi todas las noches.
- JUAN. ¿Dejándote dueña der cotarro?
- JUANA. Es que tiene toda su confianza en mí.
- JUAN. ¡Ya! ¿Y... los pupilos?
- JUANA. Esta tarde ha llegado uno nuevo.
- JUAN. No te pregunto eso, ¿la niña cómo está?
- JUANA. Buena: sin olvidar un momento al señorito Alberto.
- JUAN. Pues su mersé tambien está cada vez mas erretio por eya. ¿Y aquer señó é las tiriyas, que lleva la chimenea é un vapó en la cabeza, aquer tio sordera?
- JUANA. ¡Ah! su padre, tambien ha salido.
- JUAN. ¿Y la niña estará con él?
- JUANA. ¡Qué! Si la deja encerrada siempre.
- JUAN. ¿Qué dices?
- JUANA. Lo que oyes. Y luego esconde la llave, pero yo siempre descubro el escondite y abro la prision. Mírala.
- JUAN. Y es verdad. (Mirando por la cerradura.) ¡Corazoncito mio! Dáme la llave.
- JUANA. Seria mejor que antes fuera por mí advertida.
- JUAN. No es menesté; verás como se alegra el arma mia ar vernos por acá otra vé. (Juana le dá la llave. Juan abre llamando.) ¡Señorita Elisa!—Ya viene.

ESCENA III.

DICHOS, ELISA.

- ELISA. ¿Tú aquí, Juan?
- JUAN. Er mismo que viste y carsa, señorita.
- ELISA. ¿Y mi Alberto?
- JUAN. Tan famoso como siempre. Aun no hase una hora que hemos llegao.
- ELISA. ¿Qué alegría! ¿En dónde está?
- JUAN. En tanto que yo he venido á explorá er campo, se está asicalando un poco y limpiándose er porvo er camino; y si es que usted me dá su lisensia, y ya que ahora nai-de nos pué importuná iré á desirle que venga.